

SUPERVIVENCIAS DE UN MUNDO MÁGICO

por Homero Aridjis

MARIA SABINA

“¿María Sabina?”, pregunté a esa mujer indígena de ojos pequeños y rostro agrietado de niña chupada por el tiempo. Vestía un huipil viejo con pájaros bordados y listones rojos y azules. Sentada en la sala de espera de la Terminal de Autobuses de Pasajeros de Oriente, pareció no estar sorprendida por mi presencia. La identifiqué por una foto reciente, en ella aparecía descalza, desdentada, con trenzas canas y con las manos raizosas de mujer que ha trabajado la tierra. Estaba sentada afuera de su casa de adobe y techo de lámina en Cerro del Fortín del pueblo Huautla de Jiménez, en la sierra Mazateca.

“Hay un mundo más allá del nuestro, un mundo invisible, lejano, pero también cercano. Allí vive Dios, viven los muertos, los espíritus y los santos; es un mundo donde toda ha sucedido y donde todo se sabe. Ese mundo habla, tiene un lenguaje propio. Yo repito lo que me dice. Los hongos sagrados me llevan y me traen al mundo donde todo se sabe. Son ellos, los hongos sagrados son los que hablan en una forma que yo puedo entender. Yo les pregunto y ellos me responden- Cuando regreso del viaje, digo lo que ellos me han dicho, me han mostrado”.

“¿María Sabina?”, volví a preguntar.

Desconfiada, me observó.

“Sí”, su hija María Aurora asintió con la cabeza.

“Vamos”, dije.

Mi esposa Betty y yo acomodamos a María Sabina, a su hija, su nieto Eduardo Valladares y su traductor Juan García Carrera en nuestro coche, y emprendimos el largo viaje hacia el sur de la ciudad. Eran las 10 de la noche del viernes 25 de febrero de 1983. Nos dirigíamos al Instituto Nacional de Cardiología.

Yo no sabía cuando había comenzado el viaje con ella, si desde que escuché su nombre por vez primera relacionado con sus cantos proferidos durante ritos de iniciación al éxtasis. O cuando íbamos Betty y yo en coche por Avenida de las Palmas y alcancé a ver en un periódico la noticia de que María Sabina estaba muriéndose en la pobreza. “Qué

vergüenza”, le dije a Betty. “La más grande poeta visionaria de las Américas se está muriendo en la miseria.” Hablé al reportero y García Carrera me llamó al día siguiente para avisarme que traía a María Sabina en un taxi desde Oaxaca.

Hacia las once de la noche entramos al Instituto. Cuando descendimos en Urgencias, María Sabina exploró el vasto espacio hospitalario con recelo y miedo. Camino de la sala donde sería examinada, ella parecía atravesar puertas y puentes invisibles. Delante de la camilla de reconocimiento hizo reverencias con manos y cabeza antes de acostarse.

“¿Qué está haciendo?”, pregunté.

“Habla a la puerta, a la camilla y a los instrumentos médicos que van a hurgar en su interior”, replicó su hija. “Ella vive en un mundo ritual en que cada presencia, cada movimiento, cada paso tiene sentido”.

“El Instituto es para pacientes graves, la señora María Sabina sufre de pobreza y vejez, males que no se curan aquí, tendrán que llevársela a otra parte”, dijo el médico-pasante después de examinarla.

María Sabina, la sacerdotisa de los hongos alucinantes, había nacido el 22 de julio de 1894 en Río Santiago, una ranchería cercana a Huautla de Jiménez, pero ella ignoraba la fecha exacta de su nacimiento y sólo recordaba que una vez su madre le dijo que había venido al mundo la mañana del día en que se celebra a la Virgen Magdalena. “Ninguno de mis antepasados conoció su edad”, afirmaba.

Sus padres María Concepción y Crisanto Feliciano tenían 14 y 20 años respectivamente cuando ella nació. María Ana, dos años menor, era su única hermana. La familia habitaba una choza con paredes de lodo y carrizo y techo de caña en Río Santiago. Padre, abuelo y bisabuelo habían sido curanderos.

Su padre había muerto antes de que ella cumpliera tres años. “Ni los hechiceros ni los curanderos pudieron sanarlo”, diría ella. Sus abuelos maternos eran muy pobres y su madre llevó a sus hijas a vivir con ellos a Cerro Fortín. Manuel Cosme, el abuelo, era peón. María Estefanía, la abuela, sembraba maíz y frijol. También criaban gusanos de seda.

María Sabina y su hermana María Ana no fueron a la escuela por tener que trabajar. Tampoco aprendieron a leer y hablar en español, expresándose únicamente en lengua mazateca.

Según María Sabina, un día de su infancia transcurría así: Se levantaba al amanecer, a la luz de los ocotes. Cuando el primer gallo cantaba, ya estaba sorbiendo un agua de pinole endulzada con piloncillo ‘para aliviar el hambre y el frío’. Su madre hacía las tortillas y bordaba, la abuela y la tía Juanita trabajaban en el telar doméstico. El abuelo y un tío se alquilaban como labradores.

Pero la infancia marcada por el hambre, el frío y la falta de ropa cambió drásticamente por el descubrimiento de los hongos alucinantes. Cuando María Sabina tenía siete años y María Ana cinco, andando por el cerro vieron unas manchas parduscas entre las hierbas y las piedras: eran hongos. Ellas les hablaron como si fuesen personas. Hambrientas, se los comieron. ‘Hongadas’, tuvieron visiones. María Sabina, en su **Vida**, cuenta esa experiencia: “María Ana y yo cuidábamos en el monte a nuestras gallinas para que no fueran víctimas de gavilanes y zorras. Estábamos sentadas bajo un árbol cuando de pronto pude ver, cerca de mí, al alcance de mi mano, varios hongos. Eran los mismos hongos que había comido el sabio Juan Manuel, yo los conocía bien. Mis manos arrancaron suavemente un hongo, luego otro. Muy cerquita los observé. -Si yo te como a ti, y a ti, sé que me harán cantar bonito -les dije-. Recordé que los abuelos hablaban de esos hongos con gran respeto. Por eso yo sabía que no eran malos.

“No lo pensé mucho, me llevé los hongos a la boca y los mastiqué. Su sabor no era agradable, por el contrario, eran amargos, con sabor a raíz, a tierra. Me los comí por completo. Mi hermana María Ana, observándome, había hecho lo mismo”.

El descubrimiento de los poderes mágicos de los hongos había comenzado: “En los días que siguieron, cuando sentíamos hambre, comíamos hongos. No sólo sentíamos el estómago lleno, sino también el espíritu contento. Los hongos hacían que pidiéramos a Dios que no nos hiciese sufrir tanto, le decíamos que siempre teníamos hambre, que sentíamos frío. Yo no sabía si los hongos eran buenos o malos en realidad. Pero sentía que me hablaban. Después de comerlos oía voces. Voces que venían de otro mundo... Las lágrimas rodaban por nuestras mejillas, como si lloráramos por la pobreza en que vivíamos”.

Iniciadas en el poder mágico de los niños santos, María Sabina y su hermana continuaron comiéndolos en el monte y su abuelo y su madre empezaron a encontrarlas “hongadas”, tiradas o arrodilladas en el suelo. “¿Qué han hecho...?”, preguntaban. Nos levantaban y nos

llevaban a casa. En los brazos de ellos seguíamos riendo, cantando o llorando. Nunca nos regañaron ni golpearon por comer hongos. Porque ellos sabían que no es bueno regañar a una persona que ha comido las cositas porque se le puede provocar sentimientos encontrados y es posible que sienta que enloquece”.

María Sabina poco a poco se dio cuenta que sus palabras eran hermosas, y que al descubrir el lenguaje de los hongos descubría el suyo. Por ese tiempo su tío Emilio Cristino se enfermó y su abuela trajo una noche a la choza al sabio Juan Manuel para curarlo. “Vi cómo el sabio Juan Manuel encendía las velas y hablaba a los dueños de los cerros y a los dueños de los manantiales. Vi cómo repartía los hongos contándolos por pares y los fue entregando a cada uno de los presentes, incluyendo al enfermo. Más tarde, en completa oscuridad, hablaba, hablaba y hablaba. Su lenguaje era muy bonito. A mí me gustó. Por momentos el sabio cantaba, cantaba y cantaba. No comprendía exactamente sus palabras pero a mí me agradaba. Era un lenguaje que sin comprenderlo, me atraía. Era un lenguaje que hablaba de estrellas, de animales y de otras cosas desconocidas para mí... Los hongos habían hecho cantar al viejo Juan Manuel”, contaría ella.

María Sabina supo entonces que esos hongos eran sagrados, curaban las enfermedades y daban sabiduría. “Que para su gente era medicina antigua. Que se les debía tratar con el mayor respeto.” En la siguiente estación de lluvias, cuando los hongos brotaron en abundancia, las hermanas los comieron de nuevo. María Sabina aprendió a ver y hablar con los espíritus de los muertos y los vivos, pensando como una mística cristiana que “los hongos eran como Dios”.

“En el fondo siento que son familiares míos. Como si fueran mis padres, mi sangre. En verdad, yo nací con mi destino. Ser sabia. Ser hija de los niños santos”. Había sincretismo de tradiciones indígenas y católicas, y lo expresó ella: “Los niños son la sangre de Cristo. Cuando los mazatecos hablamos de las veladas lo hacemos en voz baja para no pronunciar el nombre que tienen en mazateco (ndi-xi-tjo) los llamamos cositas o santitos. Así los llamaban nuestros antepasados”.

En su descubrimiento de los hongos María Sabina no imaginaba que los Aztecas los habían llamado *teonanácatl*, “carne de Dios” (según Motolinía), y que los poetas de lengua Náhuatl los calificaban como “flores que intoxican”, y que los escultores habían representado al dios Xochipilli viendo visiones y oyendo voces posiblemente bajo los

efectos del hongo alucinante *Psilocybe aztecorum*. Bernardino de Sahagún los había descrito en un banquete de mercaderes: “Algunos no querían cantar, sino sentábanse en sus aposentos y estábanse allí, como pensativos, y algunos veían en visión que se morían, y lloraban, otros veían que los comía alguna bestia fiera... y otras muchas visiones que veían”

Heredera de una tradición mágica, María Sabina solía comparar los hongos sagrados a los niños y a los pájaros, sin perder de vista su función limpiadora y curativa. Oigamos su letanía: “Yo veo a los hongos como niños, como payasos. Niños con violines, niños con trompetas, niños que cantan y bailan a mi alrededor. Niños tiernos como los retoños, como los botones de las flores; niños que chupan los malos humores, la sangre mala, el rocío de la mañana. El pajarito que chupa la enfermedad, el chupamirto bueno, el chupamirto sabio, la figura que limpia, la figura que sana... Les canto a los enfermos: Aquí están mis hojas medicinales, aquí están las hojas para curar. Soy la mujer relámpago, la mujer águila, la sabia herbolaria. Jesucristo dame tu canto”.

A María Sabina la internamos en el Hospital General, para que le hicieran estudios, aunque yo conocía sus pensamientos sobre el origen mágico de las enfermedades y sus sentimientos ambiguos acerca de la medicina occidental cuando “los extranjeros” habían tratado de curarla: “Me regalan medicinas... quienes se dicen ser sabios en medicina de la ciudad... Yo no les hago caso... la verdad es que no quiero tomar las medicinas de los extranjeros porque yo tengo mi medicina húmeda”.

Cuando Betty y yo fuimos a visitarla en la sala que compartía con ocho personas estaba sentada en una silla, bordando. El doctor me hizo la relación de sus padecimientos: endurecimiento generalizado de las arterias, insuficiencia respiratoria, desnutrición moderada y parasitosis. Pero la causa mayor de sus males era su senectud. Sin embargo, la presencia de la chamana en el Hospital General fue una conmoción: pacientes, médicos y enfermeras, que la medicina occidental no podía curar, vinieron a pedirle ayuda.

Una noche María Sabina vino a mi casa. Al entrar en la sala, mis hijas Chloe y Eva Sofía le acariciaron las manos. Vestía un huipil blanco con mangas y listones rosas y azules, con flores y un pájaro bordados. Como buena indígena, nos trajo regalos: café de Huautla de Jiménez, y una tela bordada por ella misma.

Sentada a la mesa, comiendo pasta, ella se fijó en nuestro perro Tarzán, un labrador negro.

“Es una persona, tiene mirada”, dijo. “Pero el problema de los perros es que luego se nos mueren”.

Y clavando la mirada en las máscaras colgadas en las paredes, le interesaron las del ritual de Semana Santa de los Yaquis y Mayos.

“Te compro esa”, me dijo, señalando una que había pertenecido a un chamán.

A propósito de los hongos, nos confió: “Ya no hago viajes, porque estoy demasiado vieja y tengo miedo de quedarme en el camino.”.

“¿Hay demonios en el camino?”, pregunté.

“Lo dije en mi **Vida**”: “Yo nunca he visto los demonios, aunque para llegar adonde debo paso por los dominios de la muerte. Me sumerjo y camino por abajo. Puedo buscar en las sombras y el silencio. Así llego donde las enfermedades están agazapadas. Muy abajo. Debajo de las raíces y del agua, del barro y de las piedras. Otras veces asciendo, muy arriba, arriba de las montañas y de las nubes. Al llegar adonde debo miro a Dios, a Benito Juárez. Allí se sabe todo. De todo y de todos, porque allí todo está claro. Oigo voces. Me hablan. Es la voz del **pequeño que brota**. El Dios que vive en ellos entra en mi cuerpo”.

Impresionado por la descripción de su viaje chamanístico por las regiones sobrenaturales, le puse el disco “Mushroom Ceremony of the Mazatec Indians of Mexico” que habían grabado Valentina y Gordon Wasson en Huautla de Jiménez la noche del 21-22 de julio de 1956. Al oír su propia voz, ella me escrutó con sus pequeños ojos profundos con un rostro vivaz como de pájaro sobrenatural.

Se puso atenta cuando escuchó su canto, su viejo canto. Me dijo que nunca lo había oído. No sé. Cuando la arrestaron los agentes federales en Huautla por el asunto de los **hippies** había dicho que tenía el disco y el tocadiscos que Wasson le había regalado. La impresión que tuve en esos momentos es que su pasado le era extraño ahora, como si hubiese sucedido en un trance y ella fuese dos personas distintas: la María Sabina cincuentañera de la velada nocturna de los hongos y la María Sabina actual (de ochenta y tantos años). Ambas eran criaturas frágiles frente al poder divino que hablaba a través de los hongos:

Chjon nka cji3?intia-nia tso	Soy una mujer que llora
Chjon spiritu-nia tso...	Soy una mujer espíritu
Jan jesucrí-na tso	Soy Jesucristo
Chon nca santo-na tso	Soy un santo macho
Chon nca santa-na tso	Soy una santa hembra
Chon ¿an ncasen-na tso	Soy una mujer atmósfera

La letanía de su canto continuó en la noche, mientras ella parecía meditar sobre el sentido de las palabras que había proferido unos treinta años antes, y sobre el Lenguaje que caía sobre su cuerpo, sobre las revelaciones que había remarcado con golpes de manos durante aquel rito. Ninguna traducción podría transmitir en ningún idioma el misterio de la voz de María Sabina cantando en éxtasis esos cantos surgidos de una antigua ceremonia sagrada.

R. Gordon Wasson, quien en su búsqueda etno-micológica por México la había “descubierto” (palabra suya), dijo que ella les representó el rito nocturno de los hongos cuatro veces, en 1955 y 1956. Según él, en una sesión anterior no grabada, “después de comer los hongos y acostarse en petates, la Señora apagó la última vela y mientras la luz de la luna iluminaba el altar de la mesa empezó a gemir, primero en voz baja y luego fuertemente. Luego, comenzó a cantar y el canto continuó con intermitencias durante toda la noche. La voz de María Sabina no era fuerte, pero en su elocución primitiva había una seguridad y una resonancia que se imponían. Entrada la noche, se dirigió a la puerta, donde estaba la terraza, la mano sobre el batiente, para volver de rodillas hacia el altar de la mesa, las manos sobre los hombros, con las palmas abiertas.

“Ella cantaba un cántico que parecía un introito antiguo, cuyas frases musicales expresaban una ternura quejumbrosa indescriptible... El canto no era continuo. En momentos la Señora se ponía a conversar como si invocara a los espíritus o como si el Espíritu Santo hablara por los hongos. Escuchamos el nombre de Cristo, que ella pronunciaba con una “r” de más (**Kristros**)... Nunca habiéramos podido sospechar qué instrumento sensible y poético era el idioma mazateco.... Durante un momento largísimo, nos encontramos en la oscuridad más profunda mientras la hija cantaba y la Señora danzaba bajo un ritmo extraño duplicado por un acompañamiento lastimoso.... Recordamos uno de

los momentos culminantes cuando María Sabina, medio cantando, medio declamando, escupía literalmente sin reposo, con una violencia bárbara, dos sílabas: **chung-ha**. Después sabría que así la curandera se dirige al Todopoderoso para traer su atención sobre sus demandas”.

El registro de los cantos durante esas veladas me dejaron la impresión de la intensa religiosidad de María Sabina, la cual brotaba de una tradición mexicana enraizada en la magia. Sentí que sus golpeteos y sus castañeteos acompañaban su canto de manera semejante al tamborileo que acompaña el canto de los Mara'akate huicholes durante la Yuimakwaxa, la Fiesta del Tambor, cuando el tepo, el tambor, se convierte en el vehículo de vuelo del alma desencarnada en su viaje sobrenatural. Esa noche le mostré a María Sabina fotos del peyote y de los chamanes que cantan los orígenes míticos de la vida.

“Yo también conozco un cuento mazateco sobre la formación del Sol y la Luna” dijo ella, pero guardó silencio.

En el disco, la voz de la chamana nos devolvió al presente. Quizás al oír su voz en los cantos y recordar sus esfuerzos para hacer descender a la tierra al Espíritu Divino, María Sabina recordaba las circunstancias de la ceremonia de curación. Lo importante fue el rito y que su voz perduró, fue registrada y quedó como el más grande testimonio que existe de la ceremonia de los hongos alucinantes.

Después le mostré a María Sabina el libro **Les Champignons Hallucinogenes du Mexique** por el micólogo Roger Heim y Gordon Wasson.

En una foto a colores en dicho volumen, María Sabina está consumiendo con su hijo Aurelio los *Psilocybes* sagrados. Se le ve clavar la vista en Aurelio, un muchacho moreno vestido con pantalón color crema y camisa blanca, que sostiene en la mano izquierda un plato blanco lleno de hongos. Sentado en cuclillas él mira fijamente el hongo en su mano derecha. La mano izquierda abierta de María Sabina está llena de hongos. Con la derecha está a punto de llevarse uno a la boca. Cuando le muestro otra foto, María Sabina se examina a sí misma pasando los hongos sagrados a través del humo del copal incandescente. En una foto donde María Sabina y su hijo Aurelio aparecen en éxtasis, la sacerdotisa de los hongos contemplaba cabizbaja sus propias manos y al hijo acostado en un petate. Cerca hay una mesa con una veladora y una jarra de agua, y un altar con las

estampas del Santo Niño de Atocha y el Bautismo de Cristo en el río Jordán. De pronto, como en un trance, ella nos dijo: “Es mi hijo Aurelio, hacía tiempo que no lo veía”, como si el hijo muerto estuviese presente en la fotografía, como si realmente él la estuviese mirando en ese momento desde el petate.

“Ella dice que en el curso de esa sesión ritual imploró la ayuda divina para su hijo Aurelio”, tradujo su sobrino nieto.

“¿Qué le pasó a su hijo? -pregunté.

“Ella dice que lo asesinaron, pero que está vivo”.

“¿Adónde?”

“Allí”.

Como si saliera de un sueño, María Sabina explicó lo que había pasado treinta años atrás: “Aurelio estaba triste... Esa noche me dijo: ‘Mamá, sé que me voy a perder’. En efecto, el hijo de la vecina Dolores lo mató por una deuda de cincuenta pesos”.

A su edad María Sabina ya no tomaba hongos ni conducía espíritus en viajes alucinantes, las fuerzas le faltaban y tenía miedo de no regresar. No estaba amargada por ello, decía que los hongos “me enseñaron todo. Me mostraron las debilidades. La fuerza. La vida misma. ¿Hay algo más que les pueda pedir”. En una entrevista diría: “La última vez que tomé hongos subí al cielo. Dios me dijo: ¿Qué andas buscando? Ya no comas más hongos, de lo contrario te vas a quedar en el camino y no vas a regresar. ... Ya nunca más, ¿para qué? Si me enseñaron el nombre de los ríos y de las montañas. Era una cuestión de fe, y así curaba, siempre hice el bien, no el mal... Cuando muera, me voy a llevar a la tumba mis secretos”. “¿Volverás, María?”. “No, nunca, nunca más habrá otra María Sabina”.

Luego la chamana regresaría a Huautla. Celebró su último cumpleaños en una cama del Hospital del Seguro Social de Oaxaca, recuperándose de aguda desnutrición.

Extrañaba su casa y sus pollos en Cerro Fortín, su mundo mágico en la sierra mazateca. Estaba contenta porque la hemorragia de nariz y boca había parado. No guardaba rencor a nadie, ni a aquellos que le habían robado sus ahorros, diez mil pesos. Resentía no haber podido dejar un patrimonio a su familia, “se lo robaron autoridades de todos los niveles y

épocas”. “Esos despojos me llevarán a la tumba”. “Ya no quiero que se escriba nada de mí, todo se dirá pronto. Quiero salvar a mi familia, la pobreza nos sobrecoge”.

Su obsesión era que su casa se convirtiera en un templo católico. María Sabina, madre de diez hijos, que había tenido con sus maridos Serapio Martínez y Marcial Carrera, también expresó su voluntad de que su nieto Filogonio García fuera el heredero de los secretos de los hongos alucinantes, pues hacía 25 años había descubierto en él poderes de curandero. No obstante que sus dos hijas Apolonia y Viviana eran curanderas en Huautla, creía que nunca serán sabias”. “La sabiduría no puede heredarse. La sabiduría se trae de nacimiento. Mi sabiduría no puede enseñarse; es por eso que digo que mi lenguaje nadie me lo enseñó, porque es el Lenguaje que los niños santos dicen al entrar a mi cuerpo. Quien no nace para ser sabio, no puede alcanzar el Lenguaje aunque haga muchas veladas... En cambio, yo soy conocida en el cielo... En las veladas oigo que me dicen que soy la mujercita acuática del Libro, que soy la mujer de agua rastrera. Es verdad, por eso soy humilde, pero también soy la mujer que asciende”.

María Magdalena Sabina García murió de una trombosis pulmonar, cirrosis hepática y anemia aguda en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital del Seguro Social de la ciudad de Oaxaca a las 2:45 horas del 22 de noviembre de 1985, a los 92 años. Dejaba a su tercer marido, Perfecto Gómez, con el que había contraído matrimonio en 1981 en la catedral de San Juan Evangelista “por un mandato divino, de Dios”: él de 80 años más o menos; ella de 87, aproximadamente.

“Los honguitos me han revelado cómo era yo en los días en que me encontraba en el vientre de mi madre: Es una visión en la que me veo convertida en feto. Un feto iluminado. Y sé que en el momento en que yo nací los Seres Principales estaban presentes. También allí estaba el corazón de Cristo”. Respecto a una tradición oaxaqueña, Frederick Starr escribió que a fines del siglo XIX a la gente de Huautla le gustaba tener perros negros, porque creían que a la hora de la muerte ellos tenían que cruzar un río ancho y profundo con un perro negro y al hacerlo debían agarrarse a su cola.

En sus últimas horas había estado inconsciente y se le había mantenido con respiración artificial. “El reino de los muertos es silencioso, oscuro y templado..., no hace frío allí..., no hay que tener miedo, debe uno acercarse a los muertos, estamos más cerca de ellos que de

los vivos que nos timan y engañan”, expresó la chamana antes de morir. “No veo mi rostro, no lo veo. Miro la paz en el mundo, pero me siento triste. Miro gente que conocí de niña: a mi abuelo, bisabuelo y a mis padres”.

En su **Vida** había dejado instrucciones para su velorio y entierro: “El día en que yo muera, se hará lo que dicta nuestra costumbre. Le torcerán el pescuezo a un gallo que deberá morir junto a mi cadáver. El espíritu del gallo acompañará a mi espíritu. El gallo cantará cuatro días después de que haya sido enterrada, entonces mi espíritu despertará y se irá para siempre al reino de la muerte. Durante el velorio mis familiares colocarán jarritas de agua junto a mi cabeza sin vida. Será el agua que habré de llevar conmigo para que no me agobie la sed mientras viajo al reino de la muerte. Dentro de mi ataúd pondrán siete semillas de calabaza, quintoniles y bolas de muerto todo junto en una bolsita de trapo. Será el alimento que llevaré para que el hambre no me moleste en el camino. Las mujeres que asistan a mi velorio harán tezmole con la carne del gallo sacrificado. El tezmole lo comerán solamente el rezandero y las personas que vayan a cavar mi fosa. Si tengo velas sagradas, que hubieran sobrado de mis andanzas de socia de la hermandad, las pondrán junto a mi cadáver. Me vestirán con un huipil limpio y mi mejor rebozo. Entre mis manos se colocará una cruz de palma bendita.”

Al alba, en su casa donde fue velada según la tradición mazateca, después de cantar se le pasó un gallo por encima del cuerpo muerto. En la capilla ardiente doméstica, entre cirios encendidos, flores y cánticos fúnebres, su cadáver fue colocado en un ataúd de metal. Era un domingo, de la sierra mazateca bajaron docenas de indígenas para acompañarla al cementerio del pueblo, luego de una ceremonia en el palacio municipal. María Apolonia, por los deseos expresos de su madre, había insistido en que sus restos se enterraran en el subsuelo de su morada en Cerro Fortín; pues, como ella decía, la casa está llena de luz “que viene de todo el mundo a visitarme... Una chamana muerta no debe dejar el lugar en que vivió terrenalmente”. Había residido allí desde su infancia. De acuerdo al ritual mazateco, el alma de María Sabina fue recibida en el cielo matutino por San Pedro.